

XIV

DIEPPE.—EL TREPORT.—EL BOURG-D'AULT

Dieppe, 8 de septiembre, á las 9 de la noche.

Esta será probablemente, querida esposa, la penúltima carta que recibirás de mí. El 12 ó el 13 lo más tarde estaré en París contigo, con vosotros. ¡Qué placer abrazaros! Créeme, mi felicidad será completa, amada mía. El viaje no es más que un rápido aturdimiento. En la casa está la verdadera dicha.

Cada día me acerco rápidamente á vosotros. Hoy estoy en Dieppe. Había vuelto para ver otra vez y estudiar el curioso bajo relieve de la iglesia que figura en cierto modo el descubrimiento de América. Varios obstáculos han detenido el coche, de suerte que he llegado demasiado tarde. Eran las siete de la tarde y la iglesia estaba llena de obscuridad cuando he entrado. Era, por otra parte, admirable de ver así; pero el bajo relieve no ofrecía á la vista más que una costra desigual de piedra. Imposible distinguir nada. Yo visitaba la iglesia como anticuario y ella me ha recibido como pintor. No lo lamento.

En Dieppe hay un buen paseo que dar. Mas no he encontrado ningún paseante. Al anoecer hay que seguir el muelle meridional, rodear un grupo de casas que encabeza una calle, y subir detrás del castillo por un sendero que se encarama hacia el acantilado

por el borde del foso. ¡Cuántos recuerdos yacen en ese foso que han medido tantas veces con la mirada los apuestos caballeros de la Fronda, tan molidos y candorosos á la vez! Es un barranco que corta profundamente el lomo del acantilado, y á lo largo del cual desciende con firme y soberbio movimiento la alta pared del castillo. Aquel muro, festoneado aún en ciertos puntos por antiguas saeteras, deja á mitad del declive una alta torre cuadrada y lleva otra á la cumbre de la escarpa. Esto es ya hermoso de por sí, mas no hay que contentarse. Hay que subir á la misma cima del acantilado, si no os asustáis de las vagas formas que se ven saltar pesadamente por la hierba. Hay que avanzar animosamente y no tener horror de las cosas de la sombra. Cuando lleguéis á lo alto, ya veréis.

Hace un momento estaba allí; me he adelantado hasta el borde del acantilado, algunos pasos más allá de una vieja barrera de troncos que han puesto allí, sin duda para las vacas, pues no he visto ni un solo ser humano. A mi derecha, algo más abajo de mí, el castillo con sus techos y sus torrecillas hacía un bloque de tinieblas. Aun cuando no me la hubiese ocultado una gruesa torre, me habría sido imposible distinguir la linda ventana del Renacimiento por donde se había escapado, unos doscientos años atrás, aquella hermosa señora de Longueville, que tan buena consejera mostrábase al llegar la ocasión y que tenía, dice M. de Retz, *una deliciosa languidez natural con despertamientos luminosos y sorprendentes.*

Más abajo y después del castillo, un abismo; y en ese abismo algunas líneas confusas de sombras y reflejos, cortándose en ángulos rectos con tres ó cuatro estrellas rojas dispersas y como anegadas en aquel laberinto de formas indecisas. Era Dieppe. A la izquierda el mar, el mar infinito, tranquilo, gris, verde,

vinoso, y en el mar, dispersos por todos los extremos del horizonte, una veintena de barcas de pesca semejantes á puntos negros que empiezan á tomar forma y corren silenciosamente por aquel pálido espejo como grandes mosquitos de agua. Por encima de todo esto, un cielo crepuscular que cubrían grandes y negros nubarrones rasgados aquí y allá por una charca de pálida luz. El flujo subía con su rumor siniestro, á cada momento llegaban de la ciudad indefinidas voces, detrás de mí mugía una vaca no sé dónde, y de vez en cuando el viento hacía sobre el mar el ruido de una inmensa cortina que se sacude. Era extraordinario. No hay nada que deje en el alma una impresión más vaga y más punzante que esa especie de ensueños que se desprenden á veces de la realidad.

Andáis por encima y ellos flotan á vuestro alrededor.

Al bajar me paseé por el puerto. Conversé con un aduanero que vigilaba la descarga de un buque. Aquel buque venía del Báltico, de Stettin, para traer á Dieppe ¿qué? leña para la calefacción; y lo que no es menos extraño, es que no se lleva nada, absolutamente nada más que guijarros que le sirven de lastre y que tiene que tirar más tarde. Ese pobre puerto de Dieppe ha decaído mucho. Quizás sea el puerto más minorado de los de la Mancha, que tienden constantemente á perder movimiento.

La jornada de ayer, querida esposa, fué bien aprovechada. Estaba en el Treport, y quise ver el punto preciso donde acaba la duna y donde comienza el acantilado. Hermoso paseo; mas para el cual no hay otro camino que el de cabras que era forzoso hacer á pie. Tomé un guía y partí. Eran las doce del medio día. A la una estaba en la cumbre de la escarpa opuesta al Treport. Había atravesado la especie de lomo de asno de guijarros que detiene el mar y de-

fiende el valle, en el fondo del cual se recortan los altos piñones del castillo de Eu, y tenía á mis pies la aldea que da frente al Treport.

La hermosa iglesia del Treport se erguía delante de mí encima su colina, con todas las casas de su pueblecillo esparcidas debajo de ella al azar, como un montón de piedras desprendidas. Más allá de la iglesia se desarrollaba la enorme muralla de los enmohecidos acantilados, completamente derruída en su cumbre y dejando correr por sus brechas anchos lienzos de verdura. El mar, añil bajo el cielo azul, impelía hacia el golfo sus inmensos semicírculos orlados de espuma. Cada ola se desdoblaba á su vez y se tendía sobre la arena como un paño en manos del comerciante. Dos ó tres buques costeros salían gozosamente del puerto. Ni una nube en el cielo. Un sol deslumbrador.

Debajo de mí, en el fondo del acantilado, una bandada de cuervos marinos estaba pescando. No hay pescadores tan admirables como los cormoranos. Se ciernen algunos instantes, luego se arrojan rápidamente contra la ola, tocan la cima, entran á veces un poco en ella y vuelven á remontarse. Cada vez se llevan un pececito de plata que reluce al sol. Son muy graciosos cuando salen del agua con aquella chispa en el pico.

Se tragan el pescado mientras suben, y vuelven á empezar de continuo. Me ha parecido que almorzaban opíparamente.

Entre paréntesis, yo había almorzado mal. Como era puerto de mar, había comido beefsteack, se entiende, pero beefsteack notablemente duro. En la mesa redonda, donde las bromas son raras veces nuevas, comparábanlo á las suelas de los zapatos. Yo había comido dos tajadas, y por ello en la mesa todos me tenían envidia; quien envidiaba mi apetito, quien

mis dientes. Así, pues, me encontraba como un hombre que se haya almorzado un par de zapatos. Envidiaba á los cormoranos.

Una hora después, siempre por el tortuoso sendero del acantilado, llegué al Bourg-d'Ault, objeto primordial de mi excursión. En una revuelta del sendero, me encontré de pronto en un campo de trigo situado en lo alto de la escarpa, y que estaba recién segado. Como este año las flores de abril han venido en junio, las espigas de julio se cortan en septiembre. Pero mi campo es delicioso, pequeñito, estrecho, escarpado, rodeado de setos y llevando en su cumbre el Océano. ¿Te figuras esto? Veinte pérticas de tierra por base, y el Océano puesto encima de todo. En la parte baja algunos segadores, algunas espigadoras, algunos buenos campesinos ocupados tranquilamente en hacer gavilla, en el primer piso el mar, y arriba de todo, en el techo, una docena de barcas de pesca ancladas y echando las redes. Jamás he visto un efecto tan extraño de perspectiva. Cuando quedaban hechas las gavillas, colocábanlas de pie en el suelo, de suerte que parecía á la vista que su rubia cabeza entraba en el azul del mar. En la línea extrema del campo una pobre vaca indiferente se dibujaba tranquila sobre aquel feudo magnífico. Todo aquello aparecía sereno y agradable; aquella égloga casaba bien con aquella epopeya. Nada más impresionante, según mi parecer, nada más filosófico que aquellos surcos debajo de aquellas olas, que aquellas gavillas debajo aquellos marinos, que aquella siega debajo aquella pesca. Azar singular que superponía unos á otros, para hacer meditar al viandante, á los labradores de la tierra y á los labradores del mar.

Al salir de aquel campo, la escena siguió cambiando. El barranco por donde yo iba se cerraba por un lado, se desgarraba bruscamente por el otro, y no

veía más que la tierra, la rica tierra de Normandía, las llanuras que se extienden hasta perderse de vista terminadas por un límite violáceo, y á lo lejos las redondas copas de los manzanos. Pues esa es una armonía más de las que se encuentran en todas partes y á cada paso; el manzano es una manzana. La forma del peral se alarga un poco.

Mi guía era un hombre de Etretat y no conocía el camino mejor que yo. Por un momento hemos andado al azar. Afortunadamente hemos visto venir hacia nosotros, en una intersección de senderos, un gran haz de leña seca con dos pies. Era un pobre anciano, doblado en dos bajo su carga, compuesta de muchos más años que brezos. Aquel viejo buen hombre nos ha enseñado el camino, por lo que he tenido que pagar dos guías. El otro se limitaba á darme buenos consejos.

He preguntado al viejo leñador cuántos años tenía. Ochenta y dos. Es una edad que alcanzan fácilmente, hombres y mujeres, en esas pobres aldeas que nos causan tanta lástima. Y, sin embargo, el trabajo les enerva, el viento los ennegrece, el sol les arruga, y nos parecen viejos á los cuarenta años. En el fondo, á los sesenta son menos viejos que nosotros á treinta. Se gasta uno menos de prisa por fuera que por dentro.

A las dos y media entraba en Bourg-d'Ault. Se pasan algunas casas, y de pronto se encuentra la calle principal, la calle madre de donde se engendra toda la aldea, la cual está situada en la cúspide del acantilado. Esa calle tiene un aspecto curioso. Es muy ancha, muy corta, circunscrita por hileras de casuchas, y el Océano la cierra bruscamente como una inmensa muralla azul. No hay orilla, ni puerto, ni palos. Ninguna transición. Se pasa de una ventana á una oleada.

En el extremo de la calle se encuentra efectiva-

mente la escarpa, muy baja, es cierto. Una rampa os conduce en tres pasos al mar, pues no hay allí ni golfo, ni ensenada, ni siquiera un desembarcadero, como en Etretat. El acantilado ondula apenas por el Bourg-d'Ault.

Entonces me he explicado el furioso ruido de cerrajería que me había ensordecido al entrar en el pueblo. *Ferri rigor*, como diría Virgilio ó Charlot. Las gentes del Bourg-d'Ault no pueden ser marinos ni pescadores, pues carecen de puerto. Se han hecho cerrajeros. Y les va bien por mi vida, pues hacen gran comercio con el centro de Francia, y se vengan de Neptuno haciéndole un ruido infernal en los oídos.

Vuelan perpetuamente del Bourg-d'Ault negras nubes de cerraduras que van á caer sobre París, en vuestras puertas, señoras.

Al examinar la calle, he amnistiado las casuchas. Hay algunas casas curiosas: una, á la derecha, del siglo xiv; la otra, á la izquierda, del xvi. Mucho me hubiera gustado, á tener tiempo, dibujar los extremos de las vigas de la primera, que son enormes y esculpidas en forma de cabezas casi egipcias. La segunda tiene detalles deliciosos. La armadura de la fachada ostenta en ciertos sitios algunos arabescos del gusto más firme y más puro. La casa del siglo xiv está al frente. Parecen Egipto é Italia que se contemplan. En la del siglo xvi, sin detenerse (no porque sean despreciables) en las máscaras grotescas que muerden el extremo de las volutas para divertimento de los marineros, se ven algunas caras, dos sobre todo, llenas de estilo y que tienen por cabellera y collar algunos exquisitos follajes. Es verdaderamente una agradable aparición. Os encontráis en medio de un montón de miserables cabañas, en una calle apenas empedrada, á sesenta leguas de Rubens, á cuatrocientas leguas de Rafael, á seiscientas leguas de Fidias, á dos pasos de

un ujier que se llama M. Beauvisage, donde no oís otra música que la de las limas, de las sierras y de los yunques, os volvéis, y el arte se entreaire en el maderamen de una casucha, y Dios sonríe. Es verdad que el Océano está allí. Por todas partes donde está la naturaleza, puede brotar su flor, y la flor de la naturaleza es el arte.

Sólo hay esas dos casas en el Bourg-d'Ault. Hay también una bonita iglesia antigua, muy antigua y muy bonita, germinada en el siglo xii y florecida en el xv. La estaban reparando cuando he entrado. Dos albañiles se deslizaban á gatas por una escalera aplicada al techo. ¡Dios quiera que no la estropeen!

Como estaban los albañiles, me negaron la entrada al campanario, que está muy alto, y debe tener una vista admirable. No me valió el insistir.

Lo que me llevaba á Bourg-d'Ault, es que allí empieza el acantilado. Para mi guía, que era de Etretat y que, bien entendido, hacía de su pueblo el centro del mundo, en Bourg-d'Ault es en donde termina el acantilado.—Ve usted, señor, me decía, de un modo muy pintoresco, enseñándome la costa que se bajaba hasta el llano, *ella termina nuestro silbato* (nuestra discusión).

Dí algunos pasos por los gruesos guijarros del Bourg-d'Ault; luego volví á subir al pueblo para bajar con el acantilado á las llanuras de arena donde terminan por su parte las dunas.

El mar corroe perpetuamente el Bourg-d'Ault. Hace ciento cincuenta años, el pueblo era mucho mayor y tenía una parte baja abrigada por una escarpa en el borde del mar. Pero un día la columna de olas que baja de la Mancha, se apoyó con tanta violencia en aquella escarpa, que la derribó. Rompióse el acantilado y el mar se tragó el pueblo. No quedó